

EL MUNDO CATÓLICO

LA RELIGION DEL ESTADO, ES LA CATÓLICA, APOSTÓLICA ROMANA.
[Cap. III. Art. 5 de la Constitución.]

OFICINA

Calle de Ituzáingo Núm. 211

EDITOR RESPONSABLE, J. M. ROSETE.

SUSCRICION MENSUAL

Un Peso Moneda Nacional.

ENTERRAR LOS MUERTOS

El respeto de los muertos fué en todo tiempo una señal que distinguía al hombre civilizado del que vive entre los bosques; y el deber de conservar a los vivos del contagio á que les esponen las exhalaciones de letéreas de los cuerpos insepultos.

No sin algún rubor tomamos hoy la pluma para recordar á los habitantes de esta Ciudad de Buenos Ayres, que tan á menudo hace alarde de su cultura, una de las primeras verdades que enseña al salvaje el misionero: que es obra de misericordia enterrar los muertos.

Va que no sea el amor de los que nos precedieron en la vida, esperamos que esta vez el instinto de la propia conservación hará sentir á los lectores de estas líneas, cuando aquí está presente en la memoria la reciente visita que el cólera nos ha hecho, que es urgente hacer desaparecer de nuestra vista ese espectáculo realmente repugnante que nos ofrece lo que se llama el cementerio en los diócesis.

Los diarios se ocupan todos los días de llamar la atención de la Municipalidad, sobre la mejor elección del lugar en que ha de establecerse el nuevo Cementerio. Rara preocupación! cuando lo que importa averiguar es si se inhumarán ó no en él los muertos; pues si hemos de dejarlos insepultos, poco importa de que lado de la Ciudad ni á que distancia se han de consumir fuera de la tierra sus despojos.

«Pues qué! No se entierran los muertos en el Cementerio de Buenos Ayres!» exclamaría sorprendido el que lejos de aquí leyera las líneas anteriores. «No señor,» habría por desgracia que contestarle; se les encanajona y se les coloca en nichos descubiertos, como se colocan los géneros ó los libros en los estantes de una tienda ó de una biblioteca. La putrefacción se hace al aire libre; y los cadáveres arrojan así, sobre la morada de los vivos, los miasmas melfíticos que infestan el aire que se respira en esta orgullosa Capital, ante la cual hallaron mezquinas sus poetas la grandeza y la virtud de Atenas y de Roma.

No se violan impunemente las le-

yes de la moral en ningún país. Poco ha que un decreto gubernativo anulaba las prescripciones de la Iglesia, relativas á la sepultura eclesiástica; y despojaba de su carácter sagrado al Cementerio, donde la religión ha querido, al bendecirlo, que la confraternidad de la creencia reine en esa región en que están depositados los restos de los que abrigaron igual fe respecto al eterno porvenir, prometido á sus almas inmortalés. En tiempos anteriores otro decreto arrojó el cadáver de los recientemente fallecidos de la inmediación de los Altares, en que se celebran sus exequias; por que así lo reclamaba, se decía, la salubridad pública; aunque la costumbre de la Europa Católica toda dijera entonces, como dice hoy mismo, lo contrario. Hoy los muertos matan, no se crea exagerada la expresión; y solo Dios sabe cuantas de las víctimas del cólera han sido envenenadas por esos centenares de cadáveres, de que la vanidad mas insensata está haciendo una criminal exposición.

Los doctores de la impiedad que en tanto estiman la vida de su cuerpo, y sientan lastimados sus sentidos con la momentánea presencia del cadáver en los templos; los que sostienen que el que se puso voluntariamente fuera del seno de la Iglesia debe descansar al lado del que le fué fiel hasta la muerte, esos doctores, decimos, se han hecho acreedores á recibir una lección de higiene pública.

No nos atrevemos á darla de otro género. Si escribiéramos este artículo entre los yankees, que se golpean el pecho y confiesan á la faz de Dios y de los hombres sus pecados, cuando alguna plaga ó alguna calamidad los alige, cualquiera que sea la creencia que profesan; preguntáramos á los elegantes de ambos sexos, profanadores de los templos, las unas con su lujo, los otros con sus ademanes insolentes, si no creen que alguna relación pueda existir entre los estragos que el jueves y viernes de la última semana santa hemos sufrido, y los escándalos que en esos mismos días ha presenciado esta ciudad en los años anteriores?—Justicia divina! exclamó un ilustre compatriota nuestro, el día en que espiró, al contemplar la impunidad alcanzada por ciertos atentados—Y poca cordura habría

en pensar que el Juez de la eternidad, no pueda serlo en el tiempo también, si así le place.

Pero, puesto que escribimos en esta ciudad de Buenos Aires, y no en Nueva York ni en Nueva Orleans, hablemos de higiene únicamente.

Es cosa muy sabida, muy demostrada en el día dicen los autores del acreditado libro titulado: *Tratado de la salubridad en las grandes ciudades* que las inhumaciones en las ciudades comprometen gravemente la salubridad pública; que los miasmas que se desprenden de las sepulturas pueden causar y han causado á menudo catástrofes espantosas; y que no solo dan mayor intensidad á las enfermedades reinantes, sino que producen enfermedades contagiosas cuyas consecuencias son horribles.

En otros libros, que todos nuestros abogados poseen, en *Febrero*, leemos esto: «Entre las providencias de salubridad, complemento esencial de las medidas sanitarias, hay una importantísima, que es la de construir cementerios, para que las exhalaciones de los muertos no infesten el aire que han de respirar los vivos y no aumenten así las epidemias, que á veces adquieren por esta sola causa una asoladora intensidad. La administración civil, particularmente, para que donde aun no los hay, se levanten al punto estos asilos de la muerte...»

«Pero para que sirven, preguntamos nosotros, los cementerios en que los muertos no se entierran, donde los cadáveres se seponen á la vista del público en cajones inmundos muchos de ellos por sus pútridas emanaciones, y en que país se ha tolerado jamás un abuso semejante?»

Si los cementerios, son focos de pestilencia, según las opiniones anteriores, y según la expresión usada por el parlamento inglés en una ley del año 1850, cuando se colocan á dos varas por lo menos bajo de tierra los cadáveres, ¿que serán en los lugares donde no se les entierra, esto es, en nuestro país, donde tal novedad se ha introducido?

Los difuntos no descansan en paz en paz en esta tierra. «Yo no he disfrutado de mas paz, decía Chateaubriand, que los nueve meses que pasé en el seno de mi madre; ni espero gozar de otra que la que me aguarda en el seno de la madre común.» Ay!

Yo salí con mis reglas, conducido por mí, doncella y otra muchacha, y desnuda ya de mi precioso traje, y envuelta en mi bata de noche, me dispuse á examinarlos á mi gusto y á arreglarlos en un gran colchón de seda, donde iba poniendo todos mis presentes de boda, que debían ser espuestos en esta de mi abuela el día en que se verificara.

Este día, y yo desde por la mañana dejé mi habitación de solera en la que yo no debía volver á entrar por entonces.

Me levanté temprano, y en seguida fui á ver á mi padre, que ya se hallaba también levantado.

—Pa leñito, le dije: es cierto que existe la habitación de mi madre cerrada y tal como ella la dejó?

—Si, me contestó; tal como quedó al sacar de ella su cadáver.

—No quisiera la llave; quisiera entrar en ella, para rezar y pedir á mi madre que ruegue á Dios por mí, en el nuevo camino que voy á emprender.

—Mi padre se levantó, abrió el cajón de su llave, y me dio una llave.

—Toma, me dijo: está á la izquierda entrando en el primer salón.

Tomé la llave, y me encaminé con paso trémulo á la habitación de mi madre, en la que jamás había entrado.

Era una sala grande y vestida de un delicado color rosado; dentro estaba el dormitorio que era donde había muerto mi madre.

Aquel p. lineta tapizado de seda lila con cuartillos blancos, era mucho mas lindo aun que la estancia anterior; pero no pude dar muchos detalles de él porque embargó completamente mi atención un gran retrato de mi madre, ante el cual casi de rodillas me puse de emoción.

Representaba la mas hermosa joven que

á los que hemos nacido en el suelo argentino no nos ha sido dado saborear las delicias de esa paz, que se logra sobre la superficie de la tierra; la nuestra estuvo siempre conmovida con el estruendo del cañon con que los hermanos se mataban entre sí; y la madre común no paraba sino que, indignada con la sangre que la mancha nos arroja de su seno.

«Los cajones son de plomo,» me dice.—El plomo es acaso mas leve que la tierra para cubrir nuestras cenizas? «Y como lo sabeis?» agregamos. «Quien abre las aludes al llegar al cementerio, para averiguar si en efecto existe esa coraza para preservarnos del contagio de los muertos? Será menester que nombremos las personas, muy conocidas en esta ciudad, cuyos cuerpos han roto la envoltura de metal que los cubría? Y en todo caso los hombres competentes, como Tardieu, os dirán: es muy raro que los gases queden encerrados en estos cajones; la porocidad del metal les permite escaparse por la trasudación.»

«Los cadáveres se entierran,» señores salvajes, repeta á los del Chacho el misionero; y con tanta mas razón cuanto que aun de los nichos cerrados, con cal y canto, hay fin lamento para creer que no libran á las poblaciones del mal causado por el contacto del aire que respiran por la descomposición de los cadáveres. Recomendamos á los que quieren hacer un estudio detenido de esta materia el interesante *Informe sobre cementerios*, por una comisión de las juntas municipales de beneficencia y sanidad de Madrid, que ha publicado el Sr. Montaña, en su curiosa obra: *El Monitor de la salud*. En ese informe leemos lo que sigue:

«Los nichos no constituyen un verdadero enterramiento. Encerrados allí los cadáveres, los gases que se desprenden forman una atmósfera artificial, que va sucesivamente desapareciendo por trasudación al través de los poros de las fabricas por quebras de los tabiques de encerramiento ó agujeros que hacen los insectos etc.»

Y eso hablando de nichos verdaderos, no de estas pequeñas casillitas por su forma, á imitación de las de los cementerios de París, en cuyo fondo hay un altar y una imagen ante

mis ojos han visto jamás, vestida con un peinador de gasa blanca cerrado por lazos color de rosa.

Apenas sobre mi edad cuando se hizo aquel retrato; la algría, la dicha se reflejaban en sus facciones y en sus ojos negros muy grandes y muy rasgados.

Un bosque de cabellos rubios se ensortijaba sobre su frente blanca como el marfil, y sus labios sonreían con la confianza de un alegre destino.

Tenía una mano apoyada en la cabeza de un gran libro que se sentaba á su lado en la actividad del reposo, y se reía gozosa enseñando una doble fila de pequeños y abultados dientes, que hacían resaltar el coral de rosa de sus labios.

Quedé estática al ver la belleza de mi madre; luego que me resolví á separar mis ojos de la pintura, cayeron sobre otros objetos mucho mas tristes.

Aquí y allá se veían los signos de la muerte; algunos ramos de flores marchitos ocupaban los floreros. Sobre un velador estaba aun el bordinado que había empezado mi madre y el libro que leí; tomé el volumen por el sitio donde estaba la señal y vi que era un ejemplar del Dante, escrito en el mismo en que aquel gran poeta hablaba y pensaba.

—Oh, Dios! me dije: con que tanta hermosura, tanta riqueza, tanto talento, tanta inteligencia, tanta felicidad, en fin, se han hallado bajo el soplo de la muerte! madre mató todos los que tomaban tu padre, tu esposo, te han olvidado para pensar en otros amores, en otros intereses! solo tu hija se acuerda de ti, hoy que es el día mas dichoso de su vida, y viene á pedirte que le alcances de Dios la gracia de que le conserve la paz y la felicidad!

la cual van á orar los dientes del difunto, que descansa en bóvedas subterráneas bajo sus pies, no de esas capillitas, decimos adoptadas entre nosotros generalmente por familias mas ricas en dinero que en cordura y discreción.

Y no se tributó mayor respecto á los sepulcros de los pobres; pues las inhumaciones numerosas en un terreno estrecho y saturado, en un perdido por lo mismo las calidades convenientes para la descomposición de los cadáveres, obliga á abrir á menudo esos sepulcros para extraer de ellos los restos poco antes allí depositados. No hace mucho que el ministro de una de las primeras naciones europeas acompañaba á la recolección un band de un capitán de buque; y quedó no poco horrorizado al ver que, á penas abierta la tierra, salía de ella el brazo de un cuerpo recientemente enterrado, que cedía su lugar al del extranjero, al que habría sido decoroso conceder mejor hospitalidad en ese asilo de los muertos.

En todas partes se considera tan peligrosa la exhumación; antes de haber transcurrido algunos años, que está rigurosamente prohibida. «Se fijó generalmente el periodo de cuatro ó cinco años, dice Montaña, para exhumar los restos de un cadáver; é inhumar otro en la misma sepultura.» Mientras que en nuestro país unos cadáveres no se entierran, otros se sacan á cada instante de las tumbas. ¿Es lo que se llama el cementerio?

Y es sabido que el mal ejemplo es contagioso en todas partes. Así hemos visto en los cementerios de varios pueblos de campaña colocados á imitación de la capital, fuera de la tierra los cadáveres en cajones de maderas ordinarias. Y aquí llamamos seriamente la atención del señor ministro de gobierno de la provincia, para que por medio de una circular enérgica y severa, traze las reglas, que en toda inhumación deben observarse, á las autoridades de la campaña. Las medidas de higiene pública no son de interés puramente local; puesto que el aire cruza los límites de toda división interna, como de las que se separan á las naciones; y no puede consentirse que por falta de ilustración en los municipales de San Pedro ó de Las Flores, se inficione el aire que los vientos traen á esta ciudad ó llevan á

después durante algún tiempo y sólo después devolviendo á mi padre la llave.

A poco me dirigí á casa de mi abuela, y por la tarde un sacerdote nos dio la bendición nupcial, casi sin testigos.

Alas nuevas de la noche, mi abuela y Sandoval nos condujeron á nuestra casa en la que ya se hallaban desde por la mañana instalados Justini y algunos criados más.

—Conté dijo mi abuela á mi esposo al salir: no se ovide V. de que ha jurado hacerla dichosa!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Parte Tercera.

I.

LA PRIMERA RECEPCION.

El primer mes que se siguió á mi enlace me pareció un sueño; con tal rapidez pasó.

Eduardo me tenía envuelta en una atmósfera de perfumes y de adoración.

Todavía no se había arrastrado tanto como lo ha estado después, y lo está hoy; la costumbre de ir á pasar al extranjero la luna de miel, y nosotros permanecemos en Madrid; pues nuestro palacio, situado al fin de la calle de Atocha, tenía un frasco y delicioso jardín.

Además, mi esposo tenía al parecer, tal efem de lucirme, por decirlo así, que me llevaba á todas partes y me presentaba á todos sus amigos.

No abandonamos á la ópera y á otros teatros de los de verso; y determinamos asistir á algún salon otro día de la semana.

Quedaban tres para ir á los demás teatros, para estar en casa y recibir á nuestros amigos de mas confianza, para ir á la

FOLLETIN.

SUEÑOS Y REALIDADES.

MEMORIAS

DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

POR

Maria del Pilar Simués de Marco.

—Yo doy gracias por ella á la señorita Valeria, dijo mi aya con voz alterada, pero no la necesito; confieso con orgullo, que todo quiero deberlo á la amistad y al afecto de la señora condesa, á la que amo tan bien tiernamente.

—Y á mí, no me quieres ya? exclamé yo llorando.

—Si, hija mía! dijo Felicia abrazándome, y mezclando sus lágrimas con las que yo derramaba; yo la amo á V. y la amaré toda mi vida; ahora es V. muy feliz, y la dicha no necesita de consuelos; pero si algun día sufre, acuérdesse de mí y no dude en consultarme.

—Vámos, hasta de llorar, dijo Magdalena; á qué regar las blancas flores de su corona de desposada con el llanto del dolor? no la entristezca V., amiga mía, que demas penas hay en la vida; vé, Valeria; levanta aquel paño de seda azul que hay en aquella mesa, y mira lo que he preparado para tí: es mi regalo de boda, y en él he empleado todos los ahorros de mi pensión de alfileres.

Fui á donde me indicaba, que era á uno de los ángulos de la estancia donde estaba

colocada una mesa de caoba; alzé el paño y vi cuatro trajes del mas delicado partido, cuatro vestidos con otros tantos ricos paños, y algunas cajas llenas de enojos de gran precio.

—Dise mí el cuento, cosa bonita es, me dijo; pero, Mag alena, has debido gastar mucho en todo esto!

—Si, me respondió con su voz dulce, lenta y triste; he gastado todo lo que tenía; pero qué mejor empleo puede tener que el de adornar la juventud, las ilusiones, la belleza y la dicha? desgraciadamente, mi querida hija, conservarás durante poco tiempo tan preciosos é inestimables bienes!

—Y tu no te compras nada nuevo para ti? me preguntó.

—Yo nada necesito, dijo la condesa; he ofrecido para toda la vida hábito de Dolores; en cuanto á tu casamiento, no asistiré tan poco á él y te ruego, querida Valeria, que no te ofendas por eso; ya vez que es una medida general, y que á ninguna parte voy tampoco; solo á la iglesia cada día, y así seguiré, aunque espero que tu vendrás á verme á mí.

—Dios mío! tan jóven y sepultarse así en vida!

—Y te he dicho muchas veces que yo no soy jóven, dijo la condesa; y luego, hija mía, así soy dichosa, porque estoy sola con Dios; únicamente él es la verdad eterna; lo demás todo es sueño y mentira!

—Hasta el amor?

—El amor sobre todo, querida mía; pero vámos, ya veo que pones la cara triste, y no quiero quitarte los misos pensamientos que hay en la tierra, las ilusiones; confía en Dios, y él te dará la dicha que mereces por tu inocencia y tu buen corazón; ahora llama á tu doncella y haz que lleven eso á tu cuarto.

